

3367

Dialogos fantásticos

Martinez



DIÁLOGOS FANTÁSTICOS

Diálogos fantásticos

DE

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

con un prólogo de

SALVADOR RUEDA



MADRID, 1899.

Tip. de A. Pérez y P. García.

Palma alta, 55 duplicado.

ES PROPIEDAD

OFRECIMIENTO

671019



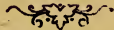
OFRECIMIENTO

A Jacinto Benavente

...Vinieron no sé cuándo; tampoco sé de dónde. Eran blancas, azules, sonrosadas. En sus alas diáfanas sembró el día destellos diamantinos; bordó la noche sombras... Entráronse en mi pecho, y allá en lo hondo hicieron nido. Yo, que ignoraba el nombre de aquel ligero enjambre de graciosas libélulas, les llamé ENSUEÑOS. Las quiero locamente, porque sus tonos claros han prestado reflejos de ventura á todas mis tristezas. Las he guardado con celo egoísta muchos días, porque son mi riqueza, el único tesoro de mi alma. Hoy, con las más queridas, con las que más adentro se albergaron, envío á usted mensaje cariñoso de admiración y afecto; á usted que con alma de poeta y corazón de amigo me ha prestado su apoyo generoso en mi vida de arte.

Sé que usted ha de acogerlas con agrado: porque son mariposas; porque son mías; porque llevan encargo de contarle en mi nombre gratitud y cariño... Lo sé, porque mi Musa, una chiquilla loca, que tiene algo de duende y un poco de sibila, sonrió satisfecha cuando al mostrarle el libro que su amor me ha inspirado, le dije entre contento y temeroso:

—Es para Benavente.



PRÓLOGO

PROLOGO

GREGORIO Martínez Sierra es un joven de dieciocho años, cuya inteligencia literaria supone el doble de esa edad: parece como si su cerebro hubiese andado solo por la vida, observándola, dieciocho años antes de ser engarzado en su cuerpo respectivo. *El poema del trabajo*, título que predispone á pensar en esas poesías, como sargas de tópicos, que se escriben para certámenes, demuestra plenamente que su autor, no sólo no es un literato que escriba por medio de *recetas*, sino que tiene retina propia para ver y un entendimiento original para concebir. Lo profanado de algunas frases, que ruedan por el mundo de las letras como monedas borrosas por el mundo metálico,

ha hecho quizás que los escritores, á la vista del título citado, no hayan hecho alto ante el contenido de la obra, examinándola con detenimiento. Es ella un plan armoniosamente combinado, personalmente sentido y bien ejecutado: está bien combinado, porque todas las partes de la obra son ramificaciones de la idea capital y guardan entre sí justas proporciones; está personalmente sentido, porque no se puede ver la actividad universal del modo nuevo que la ve Martínez Sierra, sino sintiendo por cuenta propia, y está bien ejecutado, porque el estilo es correcto, claro y afuente; desde luego, la obra, habla á la crítica de un literato original, que sintetiza agrupaciones de ideas en artículos de no manoseada invención y que simboliza las cosas humanas, no por frío cálculo, antes bien por temperamento y modo de ser del escritor. Sin embargo de haber salido al palenque intelectual este joven, apercibido de tan buenas armas, puede decirse que, aparte algún que otro literato, ante los demás, ha pasado su labor inadvertida.

Se me figura que esto ha consistido también en el estilo del autor. En su fina trama, no entran los tonos alarmanantes, las inpetuosas violencias de color, propias de otros temperamentos literarios, llenos de más fuego en la expresión, tonos insinuantes que de seguida atraen la atención y sujetan el pensamiento del que lee. Como desde hace unos doce ó catorce años, nuestra literatura se ha hecho infinitamente más plástica y más pictórica y reviste una forma deslumbrante, cuando aparece un autor de estilo pálido (dicho sea en el mejor sentido), los ojos de los lectores no se fijan en él, encandilados como están con las magnificencias de otros estilos. Martínez Sierra no ha sujetado, nó, la atención pública literaria con el *color perla* de su estilo. Algunos, muchos escritores le habrán llamado *gris*, y hay que diferenciar en letras, el *gris*, del *color perla*: el primero está hartó definido; con esa palabra, especie de mueca despreciativa, se designa lo insípido, lo insubstancial, lo despreciable; el segundo concepto no ha tenido todavía, entre nosotros, definición, y

si se me permite, voy á dársela. Lo gris en una perla, no proviene de la simplicidad, proviene de una serie infinita de matices é irisaciones suavísimas, finas, de una delicadeza extremada; es un gris, repleto de *espíritu*, por decirlo así; es un compuesto de muchos tonos, de muchas variaciones de ellos, y juntos, como una trama de misteriosa idealidad, rodean de un modo discretísimo la perla, de igual modo que un estilo lléno de matices delicados y suaves envuelve á la idea. No por ser *fría* de tóno la perla produce impresión de frialdad, sino de belleza tranquila y de firmeza; dura es la perla, como una idea consistente, y no desabrida á los ojos, sino halagadora, como un estilo *perlino*. Los *escritores perlinos* son más intelectuales que sensitivos, suelen ser *hombres-cerebros*, es decir, hombres que á falta de intuición, reflexionan la pasión y bien analizada, la desarrollan en la obra de arte. No reside en esa clase de hombres la *inspiración*, don el más sobresaliente, el único de un artista verdadero; pero con la inteligencia, con el talento, con la cultura, con el buen gusto, la apa-

rentan, y no solamente consiguen aparentarla, sino que nuestro público que, en general, no distingue de matices, toma su labor discreta, cerebral, pareja, firme y bien pensada, por cosa de más quilates que la otra labor que deja sobre la cuartilla una pluma que trepida empujada por el genio.

Para mi modo de apreciar en artes, la obra *intelectual*, es obra solamente del hombre, y la obra del genio (por lo común con muchos defectos, por exceso de vitalidad) es la obra de Dios reflejada en el artista; lo primero, es de un mérito dado; lo segundo, de un mérito absoluto.

Escritores perlinós, llamo á D. Juan Valera, á Jacinto Benavente, y si fuese más suave y nutrido de matices, á Jacinto Octavio Picón, por citar á tres maestros en el género. Estos ilustres amigos míos, los tres, grandes intelectuales, hacen novelas unos y comedias otro; pero si quisiera el que hace comedias, hacer novelas, y los que hacen novelas hacer *comedias de ideas*, lo conseguirían, como asimismo pintar, esculpir ó lo que se propusiera cada

uno de ellos. Un hombre cultivadísimo, conocedor de todos los elementos del arte, que sabe hacer disección de los afectos, analizar el alma y penetrar el corazón, que ha depurado su gusto en vastas lecturas, y que es sagaz y penetrante, ese hombre puede, si quiere, aparecer como un inspirado, que tal es el milagroso poder del talento; pero á poco de empezarse la lectura de su obra se da uno cuenta de que se está comunicando sólo con un hombre y no comunicándose con Dios á través de un hombre. Yo me *arrodillo* ante el segundo, y *admiro*, en todo lo que vale, al primero. Pues en Martínez Sierra, se da la particularidad de que siendo un *escritor perlino*, siente; siempre es más intelectual que sensitivo, pero el sentimiento no es en él un cálculo, maestramente desarrollado; tiene soplo de inspiración y nervios que *cantan* ante la belleza: á veces, escribe con todo el cuerpo y toda el alma, con todo su ser, que es como escriben los artistas absoluta y totalmente verdaderos; eso de *escribir con los piés*, como suele decirse, en el alto sentido de

que hablo, es mérito singular que sólo tiene el genio.

En Martínez Sierra, á veces, en determinados fragmentos, todo su cuerpo es lira, pero una lira suave, de sonidos melodiosos y halagadores, en los cuales vienen enredadas ideas profundas, pensamientos sagaces de una inteligencia que sabe ver la armonía total de la naturaleza y que él concreta en símbolos de sentido real y justo; parece que fantasea ilógicamente, pero no es así, porque basa en firme, percibiendo clara la vida. Sus medios de expresión son seres imaginarios á veces, como ninfas, musas, diosas; otras veces da voz á cosas distintas y habla la naturaleza, en flores, olas, lagos, nubes, pero esos diálogos abstractos tienen una realidad concreta en el fondo y su enseñanza va directa á todos los órdenes de la vida humana.

Lo mismo *El Poema del Trabajo* (que lleva un elegantísimo *atrío* de mi querido amigo Benavente), que los DIÁLOGOS FANTÁSTICOS, se ve claro que son obras hijas de un mismo modo de ver, de sentir y de expresar. Martínez

Sierra tiene fisonomía literaria, nace á las letras con la cualidad, rara por lo preciosa, de ser un escritor á quien se le reconoce sin acudir á leer la firma. Es de los que, en obras sucesivas, repetirá parecidos temas á los ya escritos, y libros que se semejarán mucho unos á otros. Pero no esté el Sr. Sierra quejoso de esa *monotonía aparente*; es una señal, una marca de los artistas de más mérito. Cada discurso de Castelar, cada cuadro de Fortuny, cada novela de Pereda, son aparente repetición de discursos anteriores, de colores ya armonizados y de novelas ya escritas. El protagonista de toda obra de autor de genio; es el mismo autor, reflejado constantemente en ella por medio de sus modos de expresar, de sus *temas-obsesión*, de sus recursos favoritos y de toda la serie de manifestaciones que constituyen la personalidad de un artista. Miguel Angel tiene la obsesión, de las musculaturas agrandadas; Victor Hugo, la de las imágenes desbordadas y grandiosas, como sucesiones de relámpagos; Rafael, la de las grandes plazas de tonos azules y amarillos; Moncasy,

viniendo á nuestros días, tiene la manía de Cristo y de sus temas afines; Benlliure profesa singular predilección á los ropajes y á las elegantes posturas; Villegas, no ve en el mundo sino el color; Carbonero, las carreteras con sol y polvo, y cada sublime loco va, la vida del arte adelante, con su obsesión ó con su tema.

No se vaya á creer, por todo lo dicho, que Martínez Sierra alcanza ya como escritor, altura extraordinaria. Tranquilo para concebir, y tranquilo para planear, es también tranquilo en la expresión, y su estilo no prende fuego con vigor á las ideas ni las da relevante plasticidad, sino que las *desliza* sereno, sosegado, demasiado parejo y sin accidentes apenas, pero gusta al que lee, espaciar el alma en ese estilo, como en una hamaca flexible.

Su cortejo de hadas, reinas, musas, plantas, flores, retiene gustosamente la atención por su variedad y por la lógica con que esos símbolos se expresan, y la emoción que todo ello despierta, es la de un sedante que distiende el ánimo y lo adormece en una agradable vaguedad.

Mejor tramado aún su léxico en DIÁLOGOS FANTÁSTICOS que en *El Poema del Trabajo*, bien se ve que Martínez Sierra ha ganado mucho desde un libro al otro, como pensador y como artista de la expresión: toda la substancia intelectual y espiritual de esta hermosa obra, está encarnada en la tersura de un estilo mucho más acabado. Por la transparencia con que en él se ve la idea, por la luz interna que alumbra la emoción, por lo traslucido, en fin, de la forma, ésta me recuerda, un objeto primoroso de china ó de cristal. Como se va á Murano por el cristal más famoso, Sierra va por su diafanidad de estilo al Murano literario, cuyo camino tantos desconocen.

Y, sin embargo, Sierra conoce aún poco la técnica de su arte, pero no necesita tampoco de más sabiduría para emitir sus ideas apacibles; en cambio hay quien sólo tiene técnica; y con ella, y con ilustración, y gusto, y paciencia, y muchas más cualidades *inferiores*, hasta escribe un libro de poesías, por ejemplo, sin inspiración ni nervio, pero que réviste todas las apariencias de lo verda-

dero y lo legítimo, ostentando tersura, corrección impecable, y si á mano viene, nada menos que la *patina de la inmortalidad*: total, tres gotas de inspiración, envueltas en un libro de orfebrería cerebral.

SALVADOR RUEDA.



INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

SONREÍA: Ella siempre sonríe... ¡que son sus labios el nido perfumado de la Dicha! Sonreía y charlaba con gorjeo de pájaro...

—Te contaré, si quieres, una historia. Cuando nacen las almas, nacen con alas. Unas con alas fuertes, incansables; alas de águila: otras con alas negras y ligeras; alas de golondrina: otras con alas blancas; alitas de paloma: otras nacen con las alas diáfanas, menuditas, aéreas, recubiertas por plumas con polvos de oro; alas de mariposa... Vuelan alto las águilas, miran al sol de frente, y saben cosas grandes que cuentan á sus hijos, al abrigo del arrogante nido que supieron formarse en las alturas... Vuelan con rapidez las golondrinas, y ven países... y más países... y son sabias... y cuentan, en su charla ligera, las antiguas historias

de profundo sentido, que aprendieron en el País del Sol... Alitas de paloma... ¿Tú sabes? Podrían volar alto; podrían ir muy lejos, porque también son ligeras; pero se agitan siempre en derredor del nido: saben de amores, y dicen con arrullos, un día y otro día, la dulce ciencia... ¿Tú has visto mariposas? No parece que vuelan; parece que las mecen las olas de aire. ¿Mirar al sol? ¿Y para qué? Les basta con reflejar sus rayos con las mil delicadas laminillas que salpican sus cuerpos... ¿Saber? No saben más que el sol de Primavera: á su calor nacieron, y antes que él morirán. Ignoran el Invierno; nunca vieron la nieve, ni sufrieron el frío. No tienen nido: aprenden el secreto de una corola blanca, y vuelan á contárselo á otra corola azul ó sonrosada, que paga la galante confianza con dulcísimo néctar. No vieron olas, ni cruzaron mares: el arroyo tranquilo fué su espejo, y su flexible hamaca el penacho afelpado, del oloroso junco de la orilla... ¿Te ha gustado la historia, mariposilla mía?

—Linda es tu historia... Olvidaste un detalle, sin embargo. Cuando nacen las almas, á las que Dios ha dado alas de mariposa, no aciertan á volar; por muchos días

permanecen dormidas, plegadas las alitas en torno de su cuerpo, inmóviles, heladas; necesitan para empezar la vida, que el Hada de las flores y las brisas, la hermosa Primavera, las despierte con besos... ¿Sabes tú cual fué el Hada que desplegó las alas de mi alma con su beso de amores?

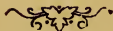
Reía...

—No sé—me dijo, saltándole en los ojos, con chispas de diamante, la alegría.—Yo sólo sé que sueñas como las mariposas cuando vuelan entre flores; yo sé que hay en tus sueños nidos y brisas, hadas y ninfas, mares y nubes; sé que todos unidos han formado en mi cielo, leyenda de diamantes que dice *Amores*: yo sé que son mi dicha .. ¡Cuéntaselas al mundo!

—¡Al mundo! ¡Pobrecilla! ¿Qué le importan al mundo los sueños de un poeta?

—¿Qué le importan al mundo? ¡Cántalos tú! Las águilas, deslumbradas por los rayos del sol, no los verán siquiera... Se burlarán de ellos las sabias golondrinas... Acaso los desprecien las burguesas palomas... ¿Pero no hay mariposas en la Tierra? Canta y te harán cortejo, formándose en guirnalda de flores vivas, todas las infinitas mari-

posas que se agitan en el mundo. Canta: te escucharán los niños; te escucharán los que aman; te escucharán las almas de poeta. Canta las lecciones que aprendiste en mis labios, que los niños, y los amantes, y los poetas te pagarán la confianza, como aquella corola azul ó sonrosada, en dulcísimo néctar de amable simpatía.



SURSUM CORDA

El Poeta .

La Naturaleza.

Las Plantas.

El Sol.

El Lago.

Sursum Corda

El Poeta.

...¡No puedo más! La tierra toda pesa sobre mi corazón... ¡Mi corazón!... Recuerdo días en que tuvo alas: alas tuvo también mi pensamiento; alas ligeras, alas diáfanas, alas potentes... Llevada por ellas, cernióse satisfecha y complacida mi fantasía sobre mundos dorados, sobre azules atmósferas, sobre rosadas nubes... ¡Nubes de invierno cubren ahora mi empobrecido y limitado cielo! Nubes de invierno, que agrupándose en formas quiméricas, me cercan como legión de monstruos, y se amontonan, y se agrandan, y acumulan mole sobre mole y acabarán por ahogarme bajo su terrible peso... «¡Ánimo!—me grita, á veces, dentro del alma, la voz que amaba yo en días mejores.— ¡Ánimo! Son montañas de nubes; su forma es engañosa, su poder ilusorio. Rompe el frágil obstáculo y vuela... ¡vuela!

Cuando el sol que te oculta te acaricie de nuevo, renacerán tus alas... ¡Frágil obstáculo!...» Lo sé; pero ¿y la fuerza para romper su encanto; y el poder de quererlo, que me falta? «Si quieres, vencerás...» ¡Si quieres!... Voluntad mía ¿dónde te ocultas; por qué has huído? Yo no soy nada; pesa la tierra sobre mi pecho, pesan las nubes sobre mi alma, pesan los hielos sobre mi esfuerzo...

La Naturaleza.

¡Ven conmigo! Entra en mi reino... Siempre he sido tu amiga, tu amiga cariñosa, ¿no lo sabes? ¿No recuerdas las horas que pasaste reclinado en mis brazos? Ven: envueltas en la miel de mis caricias, te haré gustar suavísimas lecciones.

El Poeta.

¡Sí! Préstame tu ayuda, tu dulce ayuda, tu auxilio amante... ¡Ojalá puedan, á tu voz, disiparse las nubes! ¡Ojalá pueda mi corazón volar de nuevo! ¡Ojalá pueda llegar á las radiantes lejanías que le deslumbraron en horas de ensueño!... Vamos... ¡Dulce maestra!

Las Plantas.

Poeta, ¿sufres? ¿Te pesa la tierra, la tierra negra, la tierra fría? ¿Y la odias?... Oye una historia. Hemos nacido en cuna florida, en cuna aérea, en cuna perfumada; tuvimos por amigas mariposas, perfumes por aliento. Se marchitó la cuna, cesó el rocío... ¡Enterradas! ¡Cómo pesa la tierra! ¡Qué implacable, qué dura, qué insensible! ¡Enemiga! Llegó la Primavera. ¿Qué ha pasado? Buscas la tierra negra... ¡Ya no es negra la tierra! Está vestida con vestidura regia, vestidura que ondula, que embalsama. ¿Quién le ha dado á la tierra su manto de colores? Venganza de sus pobres prisioneras. ¡Dulce venganza! ¿Odias, poeta? Canta al enemigo. ¡Qué hermosa está la tierra revestida de flores!

El Sol.

¡Las nubes! Te amedrentan las nubes... las nubes, y las honras con el nombre de obstáculos. ¡Cobarde! Yo amo á la tierra con amor de siglos, y cuando cae la tarde, pongo en el postrer rayo que la envió mis más tiernas caricias. ¡Cuántas veces las montañas de nubes que hoy te abruman

se oponen á mi paso! Pudiera deshacerlas, dispersarlas, y no lo hago. Mis ardientes rayos las ciñen y las doran con franja radiante, y contemplan los hombres, asombrados, los soberbios palacios que fingen con mi ayuda. ¡Viste, viste las nubes que te estorban el paso, con el áureo ropaje de tu Genio! ¡Alma cobarde la que tan sólo sabe ostentar esplendores en un cielo sereno; triste talento el que tan sólo acierta á embellecer la dicha!

El Lago.

¿Me oyes, poeta? Nací muy alto... ¡Allá en las cumbres, en las cumbres soberbias! Las nieves blancas fueron mis nodrizas. ¡Qué hermosa era la tierra vista desde allí arriba, qué hermosa! Yo pensé recorrerla entera, y salté presuroso de mi nevada cuna, y me deslicé como plateada serpiente por la falda del monte. ¡Qué alegría! Cantaba entre guijarros, y me complacía en coronar con pomposas diademas de espuma, todas las salientes de mi camino... Mis aguas trazaron, en el terciopelo esmeralda del valle, argentadas grecas, y á mi paso brotaban en las orillas juncós floridos. Estaba en lo mejor de mi carrera: más allá de este valle

estaba la llanura, la llanura que había contemplado al nacer; ¡qué delicia sería recorrerla, espaciando las ondas entre frescos jardines y risueñas praderas! Yo soñé muchos días con llegar hasta ella, pero no pude: el valle tuvo celos, y me ha cerrado el paso con cerco impenetrable de granito; y sin poder pasar más adelante he formado este lago, este tranquilo lago, que parece, indolente, perderse sin deseos en regiones de calma. No lo creas; mis aguas no se agitan tumultuosas, pero en tenaz trabajo, minan el duro cerco que las impide el paso, esperando vencerlas con su caricia nunca interrumpida. ¿Conseguiré mi anhelo? Acaso nunca: la lucha es larga, la labor titánica; acaso inútil mi empeñado esfuerzo: tal vez mis aguas dormirán siempre prisioneras del valle... Y podrían, furiosas, destruirle con iracundo esfuerzo... Pero prefiero devolver bien por mal á mi tirano, y tranquilo y sereno le ofrezco mi bruñida superficie como espejo gigante, y me complazco en pintar sus bellezas en el cristal de mis aguas, y le presto frescura en el estío, y alimento sus flores y su pájaros, y recojo en mis ondas la sombra de sus árboles, meciéndola entre cantos armoniosos, con caricia suave. ¡Viste de flores la pri-

sión! Si has de ser prisionero ¿por qué arrojar sobre los muros del encierro, la negrura implacable del desconsuelo?

El Poeta.

Naturaleza; amante inspiradora... ¡Sabios maestros tienes en tu reino!

La Naturaleza.

¡Sabios maestros!... Mi reino entero es lección viviente y vivificadora. Mira y escucha... Infinitas lenguas, de infinitos seres, con infinitos acentos, repiten á tu alma: ¡*Sursum corda!* Las cumbres de los montes se levantan erguidas y miran á los cielos, anhelando alcanzarlos. Las plantas todas nacieron en la tierra, y, sin embargo, á los cielos se elevan; las que son fuertes, con soberbia arrogancia; las que son débiles, luchando decididas, se ensortijan, se abrazan á las ramas, se cuelgan á los troncos, pugnando por subir. Las flores, ¡pobrecillas!, condenadas á perecer inmóviles, sin poder elevarse en vuelo rápido, envían á los cielos sus perfumes, aspiración de su alma que querría subir envuelto en ellos. ¿Ves la columna de humo que sale de la

hoguera? Nació en la tierra; la tierra le adora y le llama, imperiosa; él se desata de los dulces brazos, y luchando con ella sube á los cielos en montón de volutas... ¡*Sursum corda!* Poeta: mira á lo alto, que sea tu alma aroma y nube de incienso: deja á tu cuerpo prisionero en la tierra... ¡pero sube! Sube tranquilo, sube ligero, sube piadoso; sube y mira á la tierra desde lo alto, y la verás hermosa... ¡Todo es hermoso mirado desde lo alto!... Dame la mano, sube conmigo, poeta. . mi poeta, mi cantor siempre amado... y escucha mi lección siempre amorosa... ¡¡*Sursum corda!*!





HADAS

El Artista.

El Hada Reina.

Las Buenas Hadas.

El Hada de las Risas.

El Hada de los Sueños.

El Hada de los Besos.

Amada.

Las Hadas maléficas.

El Hada de las Lágrimas.

El Hada de la Duda.

El Hada del Hastío.

Hadass

El Artista.

...Mi estatua terminada... ¡Mi obra maestra! ¡Qué hermosa eres!... En tormenta de anhelos infinitos, de ansias indefinibles de belleza, entre brumas y sombras, te vi surgir espléndida, radiante, tal vez innaccesible, y como soberana incontestada, te erigiste en mi alma fantástico palacio; allí te he contemplado muchas horas, descansando serena sobre lecho de flores, en actitud de olímpico reposo, y con sólo mirarte se nutría mi espíritu, y la vida me parecía hermosa, deslizándose en la no interrumpida labor de contemplarte... Un día sacudiste las flores de tu lecho, y te eriguiste arrogante, y me dijiste con severo acento: «¡Amante, eres mortal y soy eterna; tú morirás, y se hundirá contigo el alcázar soberbio en que me aprisionaron tus amores; tu

corazón helado ya no podrá adorarme, y mi belleza sufrirá para siempre, sin poder ser amada por ser desconocida!... ¡Muéstrame al mundo, tú que me posees; dame amadores que sepan, cuando mueras, conservarme el altar que me erigiste!... ¡Muéstrame al mundo!...» Yo te amaba, y obedecí: busqué el rosado mármol, para suave materia de tu cuerpo, y abrasado, los días y las noches, por fiebre dolorosa, logré fijar, al fin, en él, la huella de tu regia belleza. ¡Yo te dí forma! ¡Qué hermosa!... Pero duermes, y al mirarte dormida siento dentro de mí tu voz que clama, con mandato de amor: «¡Sí, soy hermosa; pero quiero vivir para adorarte!... ¡Vivir!... ¡Dame la vida!...» Y entonces desfallezco... ¡Que la vida no es mía, y no puedo vivir si tú no vives, y no puedo mirar tu seno inmóvil junto á mi pecho que palpita loco, y no puedo sentir tus labios yertos bajo los míos que la fiebre abrasa; no puedo ver tus despiadados ojos mirándome sin verme, indiferentes, sin encenderse en claridad amante para servir de espejos á los míos, que con hambre de amorés te contemplan! ¡Quién te diera la vida, la vida un solo instante, para morir después de haber sentido que podías amarme!...

El Hada Reina.

¡Hadas! Mirad la estatua; el hombre llora, después de terminar su obra maestra, y ella descansa, descansa en el silencio... No piensa ni sonríe; sus labios entreabiertos no respiran... ¡Venid las Hadas! Venid las que en otros tiempos derramásteis los dones sobre la cuna del pequeño Infante, de la gentil Princesa; venid... ¡el Hombre llora! ¡Consolémosle!... Mirad la estatua, la estatua que duerme. ¡Acercuémonos! Que acaricien su rostro nuestras alas diáfanas; démosle la vida.

Las buenas Hadas.

Sí, démosle vida, vida feliz... ¡Hija del Hombre, tu padre siempre ha sido nuestro amigo!... ¡Serás dichosa!

El Hada Reina.

Formad en torno de la que aún duerme, vaporosa y radiante cadena. Murmurad sobre ella vuestros conjuros. Agitad vuestras varitas de virtud, y caigan los beneficios sobre la hermosa, como lluvia de perlas.

Las buenas Hadas.

¡Vive! Démosle nombre. ¡Te llamarás *Amada*, pues que amor es tu esencia!... ¡Puesto que has sido amada antes de tener vial ¡Amada!

El Hada de las Risas.

Déjame que aliente en tu boca, y que dance en tus ojos, y que te enseñe mi lenguaje vibrante, que modula sus notas sobre lira de plata. Aprendí mis cantares en las aguas que ríen al sol, en las vocecillas de los niños que ríen en la mañana; cántalos tú y ríe; ríe para siempre, como ríe la lluvia en primavera al caer en el lago...

El Hada de los Sueños.

¡Amada! Mira mis alas de mariposa, de mil colores; los recogí á mi paso por el mundo; son todas las bellezas de la Tierra. ¿Los quieres? Permite que me pose sobre tu frente, y que cante á tu oído mi canción mágica. ¿Te gusta? Sueña, sueña... Sueña como poeta, sueña como mujer enamorada, sueña tú siempre...

El Hada de los Besos.

¡Me dormiré en tus labios, y tú sabras besar! ¡Oh, dulce ciencia! ¿Que dónde la aprendí?... ¡Toda la tierra es un beso sin fin, que se suspira en infinito enamorado ensueño!... Aprendí, cuando el mar besa la tierra, rugiendo en la tormenta, sus amores. Aprendí, cuando el sol besa á las nubes, vistiendo de topacio sus contornos... Aprendí entre las sombras de los bosques, viendo besarse á pájaros y flores, á ramajes y brisas... Aprendí... No te importe donde aprendí mi ciencia, mi dulce ciencia, mi ciencia eterna; es la ciencia de Amor y Amor no muere. Apréndela tú, Amada, que del amor naciste...

El Hada Reina.

Y ama, ama si has de vivir, y después ríe, y sueña, y besa. Ama; la alegre risa sin amor es triste: el grato ensueño sin amor es negro: el beso sin amor no tiene aroma. ¡Ama si has de vivir! ¡La Vida sin amor es sacrilegio!

Amada.

...Besar, soñar, reir... ¡Oh vida, mi vida hermosa!

Las Hadas maléficas.

¿Hermosa?... Contaste sin nosotras. La buenas hadas se alejaron contentas, creyéndote feliz porque te dieron cuanto pudieron darte. Nosotras, las madrinas no llamadas, también traemos dones que ofrecerte... ¿Amada?... ¡Gracioso nombre! ¿No sabes que el Amor es en la tierra el disfraz del Dolor? ¿Amas? Porque amas, sufrirás.

El Hada de las Lágrimas.

Toma mis perlas, mis perlas amargas; serán el hermoso y fatídico adorno de tus ojos.

El Hada de la Duda.

Pondré sobre tu frente mis negras alas; sus sombras servirán de dosel á tus ensueños.

El Hada del Hastio.

En la miel de tus besos, guardaré el manojito de mirra amarga.

Amada.

¡Sufrir!... ¿Corazón mío, dónde encontrar ayuda, dónde consuelo? ¿Quién me amará sufriendo? ¿Dónde está el que me ama?

El Artista.

¿Hablaste? ¿Me has llamado?... ¡Amada mía!... ¿Qué dices? ¿Qué, me llamas porque sufres?... ¡Ah! Bendito, bendito sea el Dolor que te impulsó á llamarme. Bendito el sufrimiento que te ha acercado á mí...





1020
M. J. L. J.

